

Sociología no cotidiana

Jesús Ibáñez

Por una sociología de la vida cotidiana
Siglo XXI, 1994.

«Vale más un pájaro soñando
que ciento durmiendo».

(J. I.)

No sabemos si el título de este florilegio de trabajos de Ibáñez es suyo o se lo brinda su interlocutor de idea e índice, G. Imbert. En todo caso es un programa. Su apariencia de marbete de los setenta (*Pour Marx*, por ejemplo) esconde no sólo una recopilación de textos, sino el reconocimiento de un estilo, de un tipo de praxis: la sociología es, ha de ser, de la vida cotidiana. Esa es la experiencia cumplida, en textos mayores y menores, que Ibáñez lleva a cabo con destinatarios de ocasión: de la revista emblemática *Cuadernos para el Diálogo*, a los participantes en seminarios y conferencias, lectores de diarios, etc.

Si la premisa y promesa del título se tienen en pie lo hacen en un sentido preciso. No acotan ontológicamente una región espaciotemporal, la vida cotidiana, a la mancha de las clásicas rutas de Henri Lefebvre o Agnes Heller. En estos hay una apuesta por mostrar los ritmos y tiempos de los sujetos en la cotidianidad, entendida como un período y una zona menor: respecto a la Historia (tiempo mayor) o a la totalidad social (espacio mayor). El linaje que, frente a sus antecedentes, Ibáñez mantiene en este variado muestrario es un pensamiento dialéctico en ejercicio. Dialéctica que, como dijo Barthes de Bertold Brecht, es sensible a los efectos del signo. No es, pues, una semiótica abstracta, sino asentada sobre la cotidianidad de la cultura del consumo.

La realidad cotidiana no es un espacio vedado, a mano, sin teoría ni conflicto. Pese a lo abigarrado o lo fugaz de los nuevos paisajes, pese a las nuevas formas de horror o fascinación, los hechos tienen su propia teoría. La dialéctica de sus conflictos alcanza a su construcción y los modos de representarse.

Por eso la dialéctica que inventa Ibáñez busca todos los juegos posibles (la familia, el género, la casa y la caza

del consumidor). Porque, en el proceso principal de engendrar consumidores, la barrera entre predador y presa se difumina o se interioriza. En el seno de los conflictos polarizados se abre un campo efectivo, descentrado y plural, de revoluciones. Por eso, también, la metódica que crea la hace con todas las armas posibles. Desde la antropología o la etología, hasta las formulaciones lógicas, y una originalísima apropiación de los modelos semiológicos, pasando por un gozoso elenco de expresiones del lenguaje cotidiano. Los modelos y sus usos transgresores se yuxtaponen como una red, siempre parsimoniosamente retejada. El objetivo, el campo no es externo: es un *todo* que, posteológica o poscredencialmente, se instaura multiforme. Un orden de órdenes o sistema de sistemas que pierde sus figuras clásicas y ensaya nuevas estrategias.

En este largo período (de mitad de los setenta a finales de los ochenta) Ibáñez traza el mapa de una pérdida: ¿Cómo hablar de los sujetos en un tiempo en el que no hay sujetos? Las modulaciones conflictivas de las identidades no dan aún para un dibujo mayor: el retorno del sujeto. Pero en esta antología están los pasos previos, sólidos, para la apuesta de la última obra que nos dejó. La fragmentación ya no se consagra. La ética que está en la base de todo investigar requiere un combatiente entero, aunque no ignorante de sus regiones íntimas y éxtimas y de las leyes de cada una. Tras el infatigable recorrido por los juegos del decir y del acallar, cabe anunciar, modestamente, el advenimiento posible de un sujeto. Aun contra las palabras de la tribu que tratan sin cesar de sujetarlo.

Un etimólogo compulsivo

En esta recopilación bulle, entre otros recursos (el quiasmo, la paradoja, la aliteración) un procedimiento especialmente llamativo en Ibáñez. Me refiero a la pasión etimológica. En este caso una pasión no mediada. Si en el rescate de la vida cotidiana, en la tarea de mostrar los envases de los artefactos hay un cálculo (la operación, dice él, posmoderna por excelencia), también hay, con todo, casi contradiciéndolo todo, una nostalgia del origen.

Nostalgia en clave menor, no metafísica, a veces dispuesta en la notas a pie de página, utilizando la cursiva para señalar un radical o una desinencia que conviene mostrar, como quien coloca un chorro de luz sobre un fragmento de calle demasiado vista, rutinariamente consagrada a diario.

Como en Isidoro de Sevilla (el antecedente es inevitable, es también enciclopédico: no se detiene la rueda), la pasión de la búsqueda no para, a veces, en las barras de la filología. Pesa más el pulso del trazado que la justeza del itinerario. *Madera-materia-materna* o *vigoroso-vigente-vegetal*, son tripletas irresistibles para ponerlas como piedras en el tremendo vado que se trata de hacer (*De la familia al grupo*, o *Lenguaje, espacio, segregación sexual*, posiblemente los trabajos más fecundos).

Entre *tejné* y *texto* hay más distancia real, filológica (es decir afectuosa con la historia de las palabras) de la que

Ibáñez necesita en un momento dado. No le tiene afecto alguno a la historia de los diccionarios, le urge trazar un centelleo de significantes que obliguen al lector a ponerse de otra manera. Para empezar, a dar por no evidentes los sentidos presupuestos.

Por eso la acumulación: «el techo nos cubre, el techo nos abriga» (p. 18). Sin que el *bre* y el *bri* tengan otro nexo semántico ni práctico, ni haya más razón del corte que los selecciona, que el mismo gesto de relacionar *texto* y *tejido* (conectados con razón, como lo prueba el buen prólogo de J. A. Millán y S. Narodski a *Las metáforas de la vida cotidiana*, de Lakoff). Y ambos con *techo* (cuánto va de *tectum* a *textum*). Como puro salto hay entre *frucción* (frigor: gozar) y *función* (fungo-functum: conectar).

¿Por qué elige o se embarca Ibáñez, junto a intuiciones etimológicas reveladoras, en el cultivo de lo que los lexicólogos llaman «falsos amigos»? Por estrategia. Por hacerle la guerra al estereotipo larvado en la repetición. Por darle la vuelta a los sentidos depositados en la vida cotidiana como si fuesen Minervas: sacados enteros y armados de la cabeza de Zeus. Por poner proceso donde sólo se permite que haya cosa.

El gesto vale. El itinerario, a veces, desmesura. La posible nostalgia de una clave que se encierra en las palabras, en los cuerpos, en los signos colectivos, es demasiado evidente como para que no sea conjurada. Incluso con el ejercicio de una etimología a la manera isidoriana. Perdiéndole el respeto a los pasos contados que los historiadores de la lengua atesoran como saber de gremio.

Pero más allá, sigue y sostiene la atención al peso de las palabras, a los signos que son porque soportan el intercambio de valores. Por eso no extraña, en el segundo elenco del libro (la producción de la realidad por la comunicación y la publicidad), el recurso al lenguaje metafísico, la ironía teológica, la reformulación de la temática de la verdad.

«Y así podrá pensar a cuerpo descubierto...»

En la operación de pensar lo cotidiano, hay una apuesta mayor: la de desaprender, mostrarse en la distancia rara, extravagante, que Garfinkel recomendaba a sus estudiantes (cuando les ponía la tarca de todo un día de interacción sin dar nada por supuesto). Por eso nada más exigente y estimulante que optar no por no ser especialista, sino por especializarse (buscar cada especie) en todo.

Pensar a cuerpo descubierto supone que el que investiga no deja el cuerpo aparte, sino que hace lo que le pide el cuerpo: que las estrategias y las referencias vienen por acumulación, con su propia lógica, enhebradas como suelen, de lugar común en lugar común, hasta dar (con) un sentido nuevo. Más que atención flotante, tensión inmersa. De ahí que en este repertorio de trabajos se puede ver (porque son menudos, de ocasión, para diarios, o son conferencias) un estilo de pensamiento en acción. Dramáticamente exhibido.

No hay *dispositio* retórica, o la hay tan descarada que se anuncia ya en el título. No hay esfuerzo didáctico por-

que hay un aprender diciendo (se puede llamar gozo didascálico). No hay conclusión, porque el ciclo no se detiene. Por eso en esta obra aparecen una vez más las infinitas claves, el sumatorio de estilos, la rapiña de una y otra fuente teórica, hasta ponerlas a todas mirando a otro sitio. Con la precisión y propiedad justas como para no aterrorizar a los paisanos (*ad terrendos paisanos*), y al mismo tiempo para exigir pensar a la contra. (También tú, que lees o escuchas, piensa, si quieres, si puedes, a cuerpo limpio. Acumula todo lo que sepas, pero sigue un poco más allá. Combina, trampea, haz bricolage o carpintería, pero de ti mismo. Pero di tú mismo.)

La perspicacia se torna imprescindible para salir de un nudo (*Madrid-2: dos ciudades a elegir*) en el que la ciudad-comercio dobla a la ciudad-cárcel y la homonimia no es casual. Es fatal. Las manos de Escher, una dibujando a la otra que a su vez la dibuja, alcanzan el valor de un modelo topológico. Pero también ético.

La ciencia-frucción

El compromiso del investigador tiene que ver con la medición continua (tomar *Las medidas de la sociedad*) a condición de que sea capaz de detectar la fractura y la cualidad, no la mera acumulación y la cantidad. Pero también apela, necesariamente, a la mediación (dimensión que teoriza más precisamente Alfonso Ortí), que es una posición de frontera que va vinculando lo escuchado y lo que se empieza a barruntar. Mediación que incluye la apertura a toda fuente de saber y de hacer, de texto y de praxis que pueda configurar. Como Angel de Lucas, que hace un *pensum* de Heraclito. O como el mismo Ibáñez con la ciencia ficción. Holgura y uso irónico en la ciencia. Absoluta seriedad en la fábula.

La tercera parte la componen artículos de prensa en torno a este campo, que Ibáñez degustaba con fruición. Como un laboratorio en el que la escritura hace, propiamente, de las suyas: inventar, no reflejar. Golding el nobel, Vonnegut el que no lo ganará, Dick, Watson, y el ambidiestro Lem pasan por la piedra molinera de Ibáñez, quien tiene un mentor en la mirada: Caillois, quien dijo que la ciencia ficción no protege contra lo inimaginable, sino que actúa como vértigo que nos precipita en ello.

La vida cotidiana está ya llena de monstruos y los surrealistas son pacatos avisadores de los objetos por venir (como Gómez de la Serna que no alcanzó a ver en los escarabatos lo que dibujó como greguería: un plátano con cierre metálico). Las llamadas novelas de la ciencia ficción exploran, nombran lo siniestro con ternura, incitan a una adicción de la que Ibáñez afirma: «el que se convierte en adicto se convierte en maldito, pues ya nunca podrá renunciar a pensar».

Un grandísimo envite, disfrazado de envite menor (compartir una afición por un género, mirar tozudamente de otra manera) que Ibáñez acota, al hablar de los intelectuales y sus tipos, en una máxima de Cioran: *conocer es dejar de venerar*.

José Miguel Marinas